Las últimas gotas de lluvia

1.

Alrededor todo está oscuro y saturado de estrellas titilantes. Tú estás solo en este mundo fantástico, te mezclas en el mismo, puedes tocar las estrellas, basta solamente con tender la mano... Además, no hay ningún avión, estás solo tú y la música. La misma suena en el corazón, obligando a recordar, a soñar, a pensar sobre lo eterno... Y tan sólo cuando de pronto uno se cae en un pozo de aire, el sonido del motor que ruge forzadamente hace volver a la realidad. Allí, dónde cae un pequeño "cessna", como si fuese en el papel fotográfico, comienzan a revelarse las oscuras siluetas de las cadenas montañosas. La dispersión de los fuegos en los pasos entre montañas y en el fondo de las quebradas, los cuales instantes antes parecían inmóviles, se lanzan al encuentro, y tú entiendes claramente, sientes con cada una de tus neuronas, que no son estrellas.

Pronto se irá la noche, y sobre la bruma matinal aparecerán los agudos contornos del Pico Aiguille de Peclet y el macizo de Monte Blanco. Aquí todo es distinto. Cada giro y bajada encierran en sí el peligro. La pista de aterrizaje es corta, estrecha, inclinada y comienza muy cerca del peñasco vertical. Para no chocar contra ese cerro, es necesario mirar muy bien y calcular con exactitud. Pero abajo no se ve nada. Las fuertes corrientes de aire arrancan de las laderas el polvo nevado. Éste cubre

densamente el aeropuerto, brilla reflejando los rayos del sol, además se balancea. Se mueve de tal manera como si alguien desconocido se metiera bajo ese enorme manto blanco y durmiera plácidamente, pero que de pronto se despertara y tratara de salirse de allí.

¡Si cada vuelo nos regalaría solamente la alegría por la observación de las cúspides nevadas sobre el fondo claro del cielo azul! Pero no es sólo la alegría que nos tienta a volar. Lo principal es el contraste entre el encanto de la belleza y la aguda percepción del peligro y del riesgo.

Atrás quedaron los Alpes, el vuelo a través de las colinas en el sur de los Pirineos, el aterrizaje en Málaga, y hoy ya es posible descansar en alguno de los pueblitos cercanos.

En Marbella el tardío otoño es nuboso y aburrido, pero el aire sigue siendo cálido y húmedo, al igual que antes. Entre las friables inflorescencias del blanco brezo, que no fue quemado por el calor veraniego, en uno u otro lugar se ven flores ave del paraiso. Tallos de strelitzia, como si fueran pájaros fantásticos con largos picos que extendieron sus cabezas con plumaje llamativo —sobresalido a distintos lados— y que miran la lejanía un tanto alarmados cuidando el silencio de la ciudad balnearia.

Sorpresivamente comienza a llover, de las montañas se precipita un torrente de aire que se desplaza hacia abajo, eligiendo el recorrido entre los altos edificios blancos de los hoteles. La costanera en un instante se pone desierta, desaparecen los aromas de todas las flores, la gente que minutos antes se paseaba despreocupada a lo largo del mar, se lanza para resguardarse en los cafés protegidos de los vientos. Esperando a que pase el mal tiempo, con sumo interés observan los chorros de agua de las fuentes. Inesperadamente éstos desaparecen y en su lugar se desplaza en el aire una enorme nube de salpicaduras de agua.

En el último año Antón logró sentir el encanto de ese pueblito y estaba contento de aparecer de nuevo por allí, después de una semana de vuelos diarios de Suiza a España y viceversa. El caminaba por una estrecha y escarpada callecita de la vieja ciudad, su mirada por instantes se dirigía hacia el edificio antiguo de la Capilla Santiago, o se deslizaba con indiferencia sobre los gorritos de diferentes colores, pullóveres y bufandas, expuestos en las vitrinas de numerosas tiendas pequeñas. Las naranjas maduras, arrancadas hace poco por el viento, desordenadamente corrían cuesta abajo por las baldosas con dibujos decorativos, hacia la avenida, a parar bajo las ruedas de los coches que pasaban por allí. Antón caminaba cuesta arriba al encuentro de finos hilos de los arroyitos que dispersaban el brillo plateado de las vitrinas y temía solamente de una cosa: no resbalarse al pisar por descuido algún fruto anaranjado.

De pronto, algo tentó a Antón detenerse frente a una vitrina. Ante él había una cafetería. Antón sintió la sensación de que por sus venas corría la satisfacción de un buen café amarguito, de los manjares que veía, en especial, de los churros calientes. Con la intención de darse un festejón, entró a ese paraíso saturado de dulces y, a su derecha cerca de la ventana vio un grupo de personas reunidas en torno de una mesa grande.

Dos personas de edad considerable discutían algo tratando de convencer uno al otro. Tres damas jóvenes, con iguales mantillas a cuadros tiradas sobre sus hombros, estaban sentadas y conversaban sonriendo agradablemente. Una de ellas, vivamente con su mano corrigió algo en la ropa del juguetón varoncito de unos cinco años. Ese gesto Antón reconocería entre miles...

Era Katia.

2.

Ellos se encontraron por primera vez hacía unos diez años, en la víspera de Año Nuevo, en la casa de campo de unos amigos. Antón de inmediato se enamoró de Katia, a pesar de que ella había venido con su galante amigo del círculo de hombres de negocios, sin embargo, él trataba de no alejarse de ella ni un sólo paso. Ella era esbelta, con finos y bien formados rasgos del rostro, con grandes ojos castaño-claros, impresionaba ser soñadora, pícara y despreocupada al mismo tiempo. Pero no era su belleza evidente, sino otra cosa inexplicable la que atraía a Antón. Tal vez el movimiento de las manos, suave y apenas perceptible como si rechazara alguna atrevida e insistente actitud de alguien, o quizás el tono de su voz, que de tanto en tanto sonaba similar al de los fumadores y las personas resfriadas, inesperado, pero con agradable ronquez aterciopelada. Le agradaba su mirada que centellaba por debajo de sus pestañas levemente caídas, mirada que al mismo tiempo irradiaba un semblante juguetón, cariñoso e inmodesto.

Los huéspedes se conocieron mutuamente, brindaron varias veces por al Año Viejo e incluso pudieron bailar un rato, pero cuando sonaron las campanas anunciando el Nuevo Año no alcanzaron a destapar la botella de champaña. La primera, porque se rompió el corcho. La segunda botella que enseguida apareció en las manos del dueño, por lo visto, no estaba lo suficiente fría y no quería "dejarse" abrir. Entonces, habiéndose olvidado imaginar un deseo, el grupo de amigos brindó con sus copas de vino tinto común, y enseguida salió de la sala al porche, adornado con guirnaldas y lamparitas tintineantes. Los dueños invitaron a los huéspedes ir al litoral del golfo, congelado no hace mucho, para ver los fuegos artificiales de fabricación casera con motivo de Año Nuevo, y el palacio de hielo hecho por un artesano de la localidad.

Durante todo el último día del año llovió sin parar y únicamente al anochecer empezó a hacer más frío, y bien entrada la noche se largó a nevar. El Palacio de hielo comenzó a derretirse, pero por eso se volvió más bello, se parecía al que construyó Gaudí. Las salvas en honor del Año Nuevo no sorprendió a nadie. Los destellos, el ruido, las luces de colores elevaron al cielo varias estrellitas rojas y verdes, iluminaron el hielo, después lentamente se apagaron y al caer en la nieve chisporrotearon. Con eso como si todo el festejo terminara. Las densas nubes taparon la luz de la luna llena, quedando todo oscuro. Alguien de los invitados prendió y repartió a los presentes luces de Bengala, pero, por alguna curiosidad, los huéspedes bulliciosamente corrieron a buscar cartuchos no quemados de los juegos artificiales.

La siguiente explosión de varios petardos resultó inesperada y muy ruidosa. Los perros que durante largo tiempo jugaban con una pelotita sobre el hielo nevado, comenzaron a mover sus colas y acercarse a Katia, eligiendo precisamente a ella entre los presentes. Los perros asustados, daban vueltas chocando con sus narices las rodillas de Katia, quién, perdiendo el equilibrio, tropezó y se resbaló cayendo en la nieve blanda. Ella gritó, su gorro de piel cayó de su cabeza, sus cabellos se desparramaron en torno de su rostro. Fuego de Bengala, sembrando chispitas frías, se le cayó de las manos, entonces los perros se asustaron aún más, recogieron las colas y huyeron a la casa.

En un instante en la penumbra alguien se inclinó sobre Katia. Como jugando, ella se levantó un poco y tendió sus manos como solicitando ayuda. Ante ella estaba parado Antón. El trató de ayudarle, se inclinó más bajo, la tomó de la cintura, pero resbaló y se desplomó, ella se cayó encima de él. En esta posición sorpresiva, por algunos instantes ambos permanecieron inmóviles. Los largos cabellos con suave aroma de lavanda rozaban agradablemente el rostro de Antón, de arriba le miraban con espectativa

los ojos ampliamente abiertos y con cierta picardía. El oía la respiración profunda, sentía con todo su ser la atractiva cercanía de Katia, de pronto empezó a besarla. Frente al temor de que este casual y dulce instante pudiera finalizar, él la besaba con rapidez en el cuello, en las mejillas, sus ojos... Y por fin sus ardientes besos recibieron la respuesta de los labios de Katia.

Un destello brillante de una nueva explosión de un petardo iluminó todo el entorno e inmediatamente los separó. Transcurrido algún tiempo, después de haber gritado y admirado la belleza del hielo, el grupo de huéspedes retornó al salón para continuar el deleite con la cena. Hasta la misma partida, Antón y Katia no pudieron conversar entre sí. Observando detenidamente a ella, a cada gesto suyo y a su sonrisa, Antón buscaba encontrar alguna seña, entendible solamente para él, pero no la encontraba.

3.

Cuando ellos tenían apróximadamente 20 años a él le atraía el deporte, el club aéreo y le tentaban los riesgos, a ella le agradaba la música, el canto, la armonía en la familia y la tranquilidad espiritual. Quedó atrás la universidad, cada uno de ellos recibió su correspondiente título de economista, por delante les esperaba la carrera científica, parecía que el futuro ya estaba predeterminado. ¡Pero de pronto se derrumbó todo! El país dejó de existir. Como en un calidoscopio, todo se entreveró: la ciencia desapareció, los negocios comenzaban a surgir y al rato se derrumbaban, el dinero aparecía y desaparecía, los socios se traicionaban unos a los otros, los amigos se dispersaban. Ahora se necesitaban solamente dólares y únicamente éxitos.

Vaya saber de dónde apareció un famoso productor musical y arrastró a Katia a una vida totalmente diferente: la música, las canciones en inglés, los admiradores, grandes sumas de dinero provenientes de veladas cor-

porativas muy caras, giras al exterior con conciertos. Los espectadores se volvían locos por Katia, ella tan flexible, tan agradable y atractiva. A todos les embrujaba su voz cálida, saturada, de tono bajo, que en algo se parecía a la voz de Tanita Tikaram. A Katia la escuchaban, la apreciaban, lo cual le daba satisfacciones. Lógicamente, ella comprendía que ese tipo de carrera era casual, mucho dependía de sus relaciones con el productor y, en general, era la ley del show-business: ¡Si miras a otra persona que no corresponde, todo finalizará!

En un determinado momento, Antón también comenzó a sentir que perdía algo verdaderamente importante en la vida. Se le ocurrió incursionar en el remolino de la poesía, comenzó a estudiar el francés, después el lituano, más tarde, como un vacío, le absorbió el cielo. Después, en un accidente automovilístico fallecieron sus progenitores, y él se quedó totalmente solo. Necesitaba dinero, entonces Antón, como verdadero economista, confeccionaba sólidos planes de negocios. Algunos de ellos fueron realizados con éxito, entonces los empresarios le pagaban a su salvador con coches usados y viajes al exterior. De esa veta afortunada el ahorró una suma considerable y por invitación viajó a Austria. Allí una pequeña compañia aérea contrató a Antón porque él tenía el certificado de un centro de estudios de Vilnius, la constancia de que había hecho doscientas horas de vuelos en avión monomotor, pero lo más importante, él conocía al hijo del presidente de la compañía.

4.

Antón y Katia vivían cada uno su propia vida, con frecuencia y por largo tiempo se encontraban muy lejos uno del otro. A pesar de la inesperada forma extraña con que había finalizado su primer encuentro, sin embargo hubo un segundo y tercer encuentros... Ellos

trataban de protegerse de miles de pequeñeces del desabrido modo de vida cotidiano, de todo lo que representaba una carga, distracciones y riesgos, a fin de experimentar más y más sentimientos fuertes, similares al enamoramiento a primera vista.

Toda vez que Antón aparecía en su ciudad natal después de varios meses de ausencia, él caminaba por las calles matinales casi desiertas del centro, pasaba cerca del mercado de herrajería, se deleitaba con la capilla restaurada no hacía mucho donde iluminaba una lamparita, después llegaba al patio conocido. En una vieja casa, entre las estrechas ventanas del tercer piso, dos de ellas pertenecían a Katia. Ocultándose detrás de un campo de juegos para los chicos, miraba largo rato a esas ventanas tratando en vano de ver su silueta. ¡Claro está, podría subir al piso de ella y llamar a la puerta! Pero Antón no quería hacer eso. Siempre ella estaba acompañada por los hombres del show-business, músicos, poetas y productores de programas. El lo sabía, más de una vez vio a sus acompañantes, sin embargo, nunca le surgieron sentimientos de celos. Puesto que él también tenía similares relaciones. Estando enfrente de la casa de Katia, siempre esperaba. Esperaba a que, de pronto, se apague la luz en la ventana y ella salga. A que salga sola.

En tal caso, largo rato la seguía desapercibido. Por momentos los árboles o algún trólebus torpemente ocultaban de la vista de Antón la figura de Katia. El temía que ella se perdiera de vista, o que girara por algún pasaje, entonces se apresuraba pasar el obstáculo martirizador y de nuevo, al ver a Katia, se detenía con un suspiro atenuante. Eso sucedía muchas veces, hasta que de pronto se le presentaba la posibilidad de adelantarse a ella de modo ingenioso e imperceptible, encontrándose con ella frente a frente, él fingía estar muy ocupado, y como por casualidad, distraido y deconcertado, expresaba: "¡¿Katia?! ¿Eres tú? Buenas..."

Ella dejaba todas sus tareas, y los dos se iban en tren suburbano fuera de la ciudad, a la costa de un riachuelo silencioso, oculto por las ramas de cerezos. Otras veces, simplemente paseaban por el bosque. Cierta vez, detrás de un brillante manto de flores, se les abrió un enorme campo amarillo-grisáseo. Después de haber llegado al medio del mismo, Katia y Antón, largo tiempo permanecieron allí acostados sobre el cálido suelo. Para Katia no existía en este mundo nada más que las cariñosas manos de Antón, y para él, la suave cabellera de Katia junto a su rostro.

Después, en silencio miraban al cielo, donde a través de las nubes se veía un tono azul, el cual era atravesado por un largo y fino filamento blanco: el rastro de un avión reactivo. De pronto ese filamento se cortó, y en las alturas del cielo se oyó una explosión... Katia se estremeció, miró preocupada a Antón y apretó fuerte su mano... En los alrededores había solamente un extenso bosque formado por tallos ya amarillos, los que con el suave viento balanceaban las espigas de trigo. Y en forma raleada se lucían azules como el firmamento, las flores de acianos... En el cielo, cortando el filamento blanco habitual, continuaba su vuelo un punto brillante a causa del sol.

5.

Ellos no se vieron casi un año. Katia con su conjunto llegaron para la semana navideña a Vancouver. Alli estuvieron tres días dando conciertos, y tres días más para descanso, después se fueron a Calgary, Toronto y Montreal. Para esa época, ya en el trascurso de medio año, Antón realizaba vuelos charter a lo largo de la costa Atlántica, desde California hasta Vancouver. He aquí que se le presentó una semana de descanso en la nevada Colombia Británica.

Antón, de casualidad, miró la cartelera de espectáculos y vio el nombre del conjunto musical ruso y el apellido conocido. Los incomparables sentimientos de pronto revivieron, lo llenaron, lo acapararon y ya no lo dejaban libre. Supeditándose a ellos, atravesó toda la ciudad a pie hasta el edificio del Teatro de la Reina Elizabeth.

La gira musical ya finalizaba, ese día daba su última actuación. Al dar en la sala, Antón penetró detrás del escenario, largo tiempo deambulaba entre los bastidores, entre portales plegadizos, en espacios arrinconados con decoraciones tiradas desordenadamente, hasta que no entró en un corredor estrecho con salitas para maquillaje y allí, por fin, encontró a Katia. Ella estaba sentada en una silla enfrente de un espejo grande, con marco de madera, decorado con arabescos, y con movimientos de la mano, que únicamente ella podía hacerlos como rechazando a alguien, se quitaba el maquillaje con una servilleta de papel. En la mesa, en el suelo, en el diván junto a la pared, en todas partes había flores...

"¿¡Katia!? ¿Eres tú? ¡Muy buenas!" en voz baja, como santo y seña, pronunció Antón. Ella se estremeció.

Después hubo una noche. Pero esa noche para ellos, era como la primera...

Apenas aclareaba. Katia le miró a Antón. El desobediente copete en su cabeza le daba a sus facciones un aspecto algo infantil, su rostro dormido le parecía tan familiar que la tentaba acariciarlo con la mano sus mejillas no afeitadas, rozarle sus hombros musculosos...

Si, ella se había enamorado de Antón en el mismo momento cuando por primera vez vio sus ojos grises, los que le hacían recordar la lluvia otoñal. ¡Y esas largas pestañas! Las que tan quisquillosamente parpadeaban durante el beso casual. ¡Pero que tímido que era en aquel entonces! Antón, al caer en la nieve junto a Katia, estaba acostado y como si esperara algo. Transcurrió un instante, pero a Katia le pareció una eternidad. Era ex-

traño, pero ella después se olvidó de eso. Ahora lo recordó. Recordó también su pequeña cicatriz casi invisible en la mejilla. Decía que era de un golpe con vidrio roto de la cabina durante un aterrizaje fallido. Katia enseguida notó esa cicatriz e incluso quería rozarla ligeramente con sus labios... ¡Pero los petardos! Pués, con éstos todo comenzó y con los mismos todo terminó.

Katia emergió del torrente de recuerdos, se levantó y, envolviéndose con una frazada, se acercó a la ventana. La densa nieve caía en forma de grandes copos. Los faros de la calle todavía alumbraban con luces amarillas, haciéndole recordar la pasada noche frenética. Este amanecer resultaba ser de un modo muy singular y obsequiaba la esperanza. Parándose en puntas de pies, Katia entreabrió la ventana y, sacando afuera la mano, comenzó a cazar copos de nieve. A ella le parecía que, mientras los copos de nieve se derritieran, ella lograría pensar un deseo. Pero, resultaba que los copos de nieve se derretían rápido en la palma de la cálida mano, transformándose en una gota de agua... ¡Cómo todo transcurre tan rápido! de pronto pensó Katia e inesperadamente las lágrimas comenzaron a correr de sus ojos. Antón se despertó, se acercó a ella y la besó en el cuello, trató de mirarle al rostro, pero ella se dio vuelta, puesto que no deseaba que él viera sus lágrimas. Entonces Antón la tomó por los hombros, le dió vuelta con el rostro hacia él y comenzó a besarla. Sus labios tiernamente quitaban las lágrimas de sus mejillas y pestañas. La liviana manta se corrió y luego cayó, dejando al descubierto el delicado hombro de Katia, su blanco pecho y la piel aterciopelada de las atractivas caderas... Los brazos de Antón rodearon fuertemente la cintura de Katia y él le susurró silenciosamente: “Yo siempre estaré contigo...” Por la calidez de esas palabras, temblaba cada célula del cuerpo de Katia, y para que ese instante durara eternamente, ella deseaba quedarse inmóvil y no respirar... Incluso el paraíso para

ella le parecía precisamente así, nevado, con una enorme luna que no se apagaba en el cielo matinal sombrío. Estar así juntos frente a la ventana y mirar esa nieve.

Dos días ellos no abandonaron la vivienda que él siempre alquilaba cuando llegaba a esa ciudad. Dos días casi no comían, no pensaban en nada, pero ella soñaba...

He aquí que ha llegado su última mañana. Katia por primera vez en su vida volaba dentro de la cabina del avión. ¡Ay, cómo ella deseaba sumergirse en ese inmenso espacio celeste, el cual tan frecuentemente miraba a su Antón! ¡Tocar con las manos sus nubes y ver desde más cerca el sol! El "cessna" de juguete lentamente se elevaba al cielo. Abajo, en la tierra cubierta de nieve se veían los serpenteos de los caminos en forma de finos hilos negros, y de tanto en tanto, las casitas de distintos colores, semejantes a las de las muñecas.

¡Qué cielo, cielito!... El cielo de él, que ahora para ella parecía tan cercano e incluso muy familiar... De pronto se produjo un pozo de aire, y por una fracción de segundo, inconscientemente, se acelera el pulso y el latido del corazón. ¿Le dió miedo? ¡Para nada! Ella sabía que había algo más que los motores y las leyes aerodinámicas. Y ese más era su amor hacia Antón, a su cielo, a su avión y a la propia vida en sí. Ella comprendía que la alegría que buscaba en Antón, no solamente se ocultaba en él, sino que respiraba en torno a él por todas partes, además sentía que el amor entre ellos dos no era una simple sucesión de encuentros casuales...

Esa mañana Antón por primera vez sintió que sin Katia, sin estar todos los días a su lado, no podría vivir. No podría, como antes, volar, soñar, sentir...

El cielo infinito —su única propiedad— con el cual desde su infancia soñaba, lentamente desaparecía, dejándolo a solas con Katia. El comprendía que el amor entre ellos era muy singular y aunque como una fuente pulsante, unas veces surgía y otras veces, desaparecía,

no obstante ese amor era tan limpio y puro como el manantial.

Ese día él percibió cómo en la felicidad de ellos se inmiscuían otras fuerzas, llevándolos a distintos lados. Para Katia, cómo pensaba Antón, la carrera de artista era una pasión temporaria, un trasfondo, en el cual trascurren sus encuentros brevísimos. Para él todo era más complicado. Su trabajo obedecía a una pasión. Le generaba dinero y le permitía conservar el nivel habitual de vida, viajar y amar a Katia... Para Antón, el no poder volar equivaldría a la pérdida de sí mismo. También la vida familiar en plena armonía de sentimientos y tranquilidad espiritual, era totalmente otra cosa de la que le preparaban sus padres. Había, además, otra circunstancia que no se advertía en un comienzo sobre el fondo brillante de su heroica profesión: él no sabía hacer la elección en las situaciones complicadas de la vida. ¡No en su trabajo diario, donde había un riesgo directo! Sino, allí donde tal riesgo no existía.

Para ellos los dos, cada uno de los encuentros se convertía en una fiesta. Pero ese día coincidió con los fuegos artificiales de Navidad. El regolfo se llenaba lentamente con yates y lanchas que entraban por la izquierda de un estrecho como un torrente compacto, parecido al de los automotores que movían por una avenida con mucho tránsito. En la noche se veía sólo la luz roja de los petardos grandes. En el cielo alrededor de la barcaza, desde dónde lanzaban los petardos, en espera del espectáculo, patrullaban pequeños avioncitos.

Estallaron las primeras salvas de los juegos artificiales, sobre la superficie del mar se oyó la música; sus sonidos, como embrujados, comenzaron a penetrar en el alma de Antón, obligándole a ver simultáneamente tanto el pasado como el futuro. Comienza el susurro del campo de trigales iluminado por los rayos del sol y cruzado por líneas finas de aldizas celestes, el ruido de las racimos de cerezo aliso. Después esa música fantástica pe-

netra aún mas profundo, y ya bajo la polifonía oculta de la fuga, la línea de una voz se parte en dos... Luego en lo alto del cielo estallan los globos de diverso colorido. Sus centelleantes luces se dispersan, como pelusas del amargón, de nuevo se agrupan y ya en forma de dos enormes universos, bajo los penetrantes y alarmantes sonidos de los violines se precipitaron hacia distintos lados...

Katia partió el día siguiente.

6.

Continuaban las giras por Canadá. Katia cantaba, bailaba, cambiaba de ciudades, de nuevo volvía a cantar y solamente de noche, cuando finalizaba el efecto narcotizante del escenario, los mismos interrogantes de antes comenzaban a martirizarla impidiéndole dormir. ¿Por qué ellos se encontraron, tan distintos? ¿Por qué se enamoraron? Él en el cielo y ella en la tierra. El solo con sus estrellas; ella, siempre en la espesura de sus espectadores y admiradores. Como si fuera que las partículas cargadas contrapuestas se atrajeron, chocaron casualmente, y después, parecería, que ninguna fuerza podía desunirlas. ¿Pero cómo quitar esa mezcla de tristeza que se acumuló gradualmente en el alma de Katia con la reiteración de encuentros supuestamente felices y despreocupados, pero en realidad, tan desesperanzados? ¿Podrá Antón abandonar el cielo? A ella siempre le martirizaban esas dudas cuando se separaban, pues ella quería comprender qué será después, cómo vivir en el futuro.

Al final de la gira ella tuvo un sueño. Supuestamente, Antón viajaba en coche hacia un determinado lugar y ella bajo una lluvia torrencial, empapada, corría largo tiempo a la par, movía las manos, golpeaba la ventanilla... De pronto el automóvil mermó la velocidad y, al chocar contra un árbol, se detuvo... Ella también se detuvo... El vidrio de la ventanilla no bajaba y la puerta no se abría. Al co-

che no se podía entrar y tampoco nadie salía de adentro... Tampoco se podía ver si había alguien en el auto. Ella seguía de pie inmóvil, pero en un determinado momento entendió que Antón allí no estaba. ¡Falleció, se estrelló, murió! Habiéndose despertado por el propio llanto, Katia sintió un dolor insoportable al comprender que todo había terminado, que ya nunca podrá verlo, no podrá decirle aquello que quería decirle... El dolor que se volcó fuera del alma, le cubría los ojos con lágrimas insoportablemente saladas y por largo rato no pasaba. ¡Pero era un dolor a su vez grato, puesto que Antón estuvo en su vida!

Después del encuentro en Vancouver pasó un año, después dos, después más... Ella tiene un hijo, ella se casó, abandonó el canto, se trasladó a otra ciudad... Cada vez con más frecuencia sus complicados sentimientos hacia Antón eran sustituídos por pensamientos claros. Cada vez más lógicas y convincentes sonaban para ella las viejas argumentaciones de sus padres a favor de otro modo de vida.

"A muchos les gusta la lluvia —se decía a sí misma Katia—. Esa lluvia golpetea en el techo, y ese agradable y tranquilizante ruido, por dentro obliga a soñar y pensar en el futuro, recordar el pasado... ¿Es agradable? Seguramente que sí, es agradable. Pero eso nunca lo aceptaba. En la infancia, cuando llovía, no estaba permitido pasear; cuando tenía una edad mayor, otra vez resultaba desagradable, porque la lluvia dañaba el maquillaje..." Naturalmente, Katia comprendía que la lluvia nutre y purifica la vida. Pasó la lluvia, entonces, por favor, sigue floreciendo, canta y baila. Pero ¿estar todo el tiempo bajo la lluvia? Y si había suficientes razones para querer esa lluvia, entonces sería por el sólo hecho de que esa lluvia, sin embargo, en algún momento finalizaba... o se transformaba en nieve. Al igual que con Antón, con sus ojos grises oscuros, que se parecen a la lluvia otoñal... Alejarse de una persona con la cual te sientes feliz es muy difícil.

Pero toda vez que se separaban, ella sentía y con mayor presición comprendía que podría llegar el momento de una pérdida real. ¿Y si de pronto todo ese mundo frágil y feliz, en un momento dado se fractura y se dispersa? No habrá una familia, un hogar, hijos... Entonces ningún escenario podrá dar la sensación de equilibrio espiritual.

***

Al ver a Katia en la cafetería, Antón no se acercó a ella. El rápidamente se dio vuelta y abandonó la sala. Los pensamientos inhabituales presionaban y, además, quemaban la conciencia. Algo así como el Hombre-anfibio, una vez encontró su amor y después de haberse sumergido en un profundo y hasta ese momento desconocido sentimiento, pero de todas maneras terrenal, Antón ya no podía como antes, deslizarse libremente en el aire, entregándose totalmente a ese estado misteriorso del alma. El debía hacer una elección, sin embargo no pudo, o no supo elegir. ¿O ya había hecho esa elección?

El caminaba por las calles de Marbella al encuentro del sol poniente, fijándose en los rostros de la gente que pasaba, memorizando sus sonrisas y sus movimientos casi imperceptibles. A su alrededor seguía la vida corriente, despreocupadamente paseaban los transeúntes, se abrazaban las parejas de enamorados, los niños largaban burbujas de jabón y después saltaban, tratando de agarrar esos globitos que reflejaban todos los colores del arco iris...

7.

Otra vez se vino el tardío otoño. Katia paseaba con el hijo por el parque. Ya oscurecía, de pronto se largó una lluvia torrencial. A su lado, resonó el vagón del tranvía. Tratando de salvarse de la fuerte lluvia, ellos saltaron a la puerta abierta del tranvía y se acomodaron en un asiento

libre. Un hombre ya mayor, vestido con sobretodo, con cabellera canosa y un bastón de madera en la mano, estaba sentado frente a ellos y hojeaba un diario abierto. Los ojos de Katia espontáneamente fijaron su miraba en las extensas páginas. Abajo, a la derecha, casi por debajo de la mano del pasajero, apenas se podía ver una fotografía en blanco y negro. "¡Antón! su rostro...", en su pecho, en forma acelerada y pesada latía el corazón, todo entorno comenzó a dar vuelta y desaparecer detrás de un fino velo, Katia ya no podía distinguir que era lo que avanzaba: si el tranvía o las siluetas oscuras de la gente en su alrededor, no sabía dónde estaba ella y dónde su hijito... Katia apretó fuertemente su manito, un minuto después, tiernamente le pasó con la palma por el copete en su cabeza y, ocultando el rostro, se volvió hacia la ventana. Katia abrazaba los hombros de su hijito, una y otra vez retornaba imaginativamente a la mañana helada en Vancouver...

El viejo tranvía rechinaba con sus ruedas en las vías de la ciudad. Las hojas se desprendían de las ramas bajo el peso de la primera nieve. El viento las levantaba, las hacía volar y derrumbar del vidrio las últimas gotas resplandecientes de la lluvia.